

Algunos ejemplos de ingeniería prehistórica poco conocidos: tres poblados amurallados del Bronce medio de la sub-Meseta norte

José Antonio Rodríguez Marcos
Sergio Moral Del Hoyo

Desde que la humanidad hace acto de presencia sobre la faz del planeta Tierra ha dejado recuerdo de su paso en forma de múltiples evidencias constructivas. Éstas se hacen especialmente numerosas, por lo que a los tiempos prehistóricos se refiere, a partir del momento en que se adopta un sistema económico basado en la producción de alimentos. El desarrollo de la agricultura y la ganadería obliga a los grupos humanos a permanecer cada vez más tiempo en un mismo lugar. Este hecho, unido al crecimiento demográfico producido a partir del Neolítico, hace que, cada vez en mayor medida, los esfuerzos comunales se orienten a la erección de notables obras de ingeniería.

En el territorio castellano-leones, desde el Neolítico y hasta el final de los tiempos prehistóricos, tenemos noticia de esta clase de evidencias; algunas son de sobra conocidas por el común de la sociedad, otras permanecen en el más absoluto anonimato. Al primero de estos apartados pertenecen, por ejemplo, las monumentales construcciones (dólmenes o megalitos), a base de enormes lajas de piedra, o las complejas e imponentes murallas, propias de los castros de la Edad del Hierro de los pueblos prerromanos de la Meseta. En el segundo apartado se situarían otras, como es el caso de una serie de fortificaciones que cierran los accesos a algunos de los poblados de la Edad del Bronce del centro de la cuenca del Duero. Se trata de una serie de estructuras que, pese a su monumentalidad, han pasado prácticamente desapercibidas hasta el momento actual. Este foro nos ofrece

la oportunidad de romper tal obstrucción, así como la posibilidad de tratar la particular problemática que representa su erección en el seno de unas sociedades escasamente complejas.

YACIMIENTOS

Castro de La Plaza (Cogeces del Monte, Valladolid)

Localizado en el extremo occidental del término municipal de Cogeces del Monte, el Castro de La Plaza se asienta a una altura de 879 metros sobre el nivel del mar, en un promontorio situado en el extremo de una estrecha lengua de páramo, desde donde domina la confluencia de los arroyos Valcorba y Cogeces.

Ya conocido desde antiguo en la bibliografía arqueológica (Agapito 1927; Palol y Wattenberg 1974), no fue hasta los años ochenta cuando, a raíz de una nefasta noticia, se realizaron en él los primeros trabajos sistemáticos de la mano de Delibes de Castro y Fernández Manzano. Efectivamente, poco tiempo antes había tenido lugar la casi total destrucción de la muralla del yacimiento para servir de escombro en el firme de una carretera. Este hecho motivó una intensa prospección de este enclave arqueológico, con una superficie cercana a las 17 hectáreas, que entre otras cosas permitió desmentir la ocupación del lugar durante la II Edad del Hierro (no se encontró el más mínimo resto) y confirmar algunos datos más sobre la

ya desaparecida muralla, erigida durante el Bronce medio (Delibes y Fernández Manzano 1981). Así, podemos saber que dicha muralla se ubicaba en la zona sureste del castro, la cual es la que presenta un más fácil acceso. Se emplearon bloques desiguales de caliza sin escuadrar entremezclados con tierra para sus cerca de 200 metros de longitud, alcanzando los 20 de ancho y hasta 4 metros de alto en algunos puntos. Tendría una única entrada simple que vendría a coincidir, muy probablemente, con el camino moderno que lleva a Cogeces del Monte.

Tres intervenciones arqueológicas posteriores, llevadas a cabo en primavera y verano de 1980 y verano de 1986, esta última realizada sobre un pequeño tramo que aún se conservaba intacto, han venido a confirmar dichos datos y a aportar algunos aspectos novedosos. Así se pudo detectar un nivel de incendio en la propia muralla, con abundantes troncos de madera quemados y algunos bloques de caliza convertidos en cal viva, que no solo nos indica el momento a partir del cual la muralla comenzó su proceso de destrucción,² sino que además, el hecho de que aparezcan multitud de troncos de madera junto a la muralla nos lleva a pensar en que ésta poseía algún tipo de encofrado de madera destinado a conferirle una mayor solidez (Rodríguez Marcos 2005).

En cuanto a los sondeos efectuados en el interior del recinto poco más pudieron aportar, ya que no se



Figura 1
Vista aérea del yacimiento de La Plaza. Las flechas blancas señalan la cicatriz de la antigua muralla



Figura 2
Vista parcial de la excavación llevada a cabo sobre la muralla del yacimiento

reconocieron evidencias de estructuras ni nada por el estilo. De hecho la estratigrafía es coincidente con las anteriores catas.

Pico Aguilera (Villán de Tordesillas, Valladolid)

Emplazado sobre un amplio espigón de páramo en el reborde meridional de los Montes Torozos, es mencionado por vez primera por Rafael Galván, quien cita la presencia de «una especie de torre artificial en la entrada con un recinto anterior de piedras amontonadas». (Galván 1983).

Con una altitud de 833 metros sobre el nivel del mar y unas pendientes escarpadas, el único acceso desguarnecido al lugar se sitúa en dirección este, en la unión de la planicie con la paramera. Sin embargo, dicho acceso se halla interrumpido por una barrera en forma de creciente, de una longitud aproximada de 63 metros, que lo cruza por completo. En los sectores mejor conservados el muro tiene una anchura de unos 13 metros. Está formado por calizas del páramo de tamaño mediano (entre 30 y 40 cm aproximadamente), y en los puntos en los que se han producido algunas remociones recientes se puede observar su construcción a base de piedras y tierra sin revestimiento alguno. Actualmente no se aprecia ninguna interrupción en su trazado que pudiera evidenciar una antigua entrada, si bien es cierto, como antes comentábamos, que actividades recientes relacionadas con la agricultura han podido afectar al primitivo acceso al recinto. El espacio interior de la



Figura 3
Vista aérea del yacimiento de Pico Aguilera. Las flechas blancas señalan la posición de la muralla y la torre



Figura 4
Restos de la muralla de Pico Aguilera tal y como se ven actualmente.

muralla presenta unas 3 hectáreas más o menos. Actualmente se encuentra cubierto por pinos de repoblación y monte bajo, lo que dificulta enormemente la recuperación de evidencias arqueológicas, a pesar de lo cual nos ha sido posible recuperar algunos fragmentos de cerámicas decorados de clara filiación con el Bronce medio Protocogotas (Rodríguez Marcos 2005).

En cuanto a la torre anteriormente mencionada solo cabe decir que, si bien es cierto que a unos 40

metros en dirección al interior del castro se puede observar un amontonamiento de piedras y tierra, de planta circular e indudable origen antrópico, personalmente no nos creemos en condiciones de manifestarnos a favor ni en contra de su pertenencia a una antigua torre u otro tipo de construcción, al menos hasta que no se desarrollen los necesarios trabajos arqueológicos en el lugar.

Cuesta de La Horca (Cevico Navero, Palencia)

Situado en el centro de la unidad denominada Páramos del Cerrato, en el suroeste palentino, se localiza próximo al núcleo urbano de Cevico Navero el yacimiento de Cuesta de La Horca. A 913 metros sobre el nivel del mar, domina la confluencia de los arroyos Valdefuentes y Cerrato y los vallejitos que discurren a sus pies.

La acusada pendiente en sus laderas ofrece una protección natural al emplazamiento. Únicamente en el noreste, en la unión con el páramo, es más fácil el acceso. Y es precisamente en esta zona donde se localiza la muralla, de unos 217 metros de longitud. Su aspecto externo es el de un imponente lomo de piedras, con unas dimensiones que alcanzan los 22 metros de ancho por más de 3 metros de altura como término medio. Está compuesta por bloques de caliza de diverso tamaño; desde grandes piedras con un metro de eje mayor hasta pequeños cantos de 20 cm de longitud. Encerrando una superficie cercana a las 5 hectáreas, su situación actual es de franco deterioro y los múltiples desprendimientos que se han ido produciendo con el paso de los años hacen que nos sea imposible conocer su sistema constructivo sin recurrir a la excavación arqueológica (Rodríguez Marcos 1996).

Un estudio sobre la fotografía aérea digitalizada y georreferenciada con el programa IDRISI, llevado a cabo por el Dr. Miguel Moreno Gallo, a quien agradecemos el permiso para poder utilizar sus datos, nos permite, entre otras cosas, aproximarnos con cierta precisión a la longitud del muro y su volumen global. Así se obtienen los 217 metros de longitud de la muralla y un volumen global de más de 9500 m³. Con estas cifras facilitadas, y tomando un supuesto rectángulo cuyo lado de destino es la muralla, la longitud de acarreo medio de las piedras es de 113,67 metros. Por último, en un cálculo sobre el rendimiento,

observamos que serían necesarias 20 personas trabajando permanentemente durante un año y medio para concluir la construcción de la muralla, a una media de 10.652 jornadas de trabajo de 8 horas cada una.

Dicha muralla, únicamente ve interrumpido su desarrollo en un punto situado en el tercio norte de la misma, donde se encuentra la entrada del camino que atraviesa actualmente el muro, formando un curioso viraje. Es más que probable que se trate de la antigua entrada del castro que da acceso a las cuatro hectáreas que rodea. A pesar de que actualmente en su inte-

rior se desarrollan labores de agricultura, en una de nuestras visitas al lugar pudimos recuperar un material, fundamentalmente cerámico, de superficie que encuadra la primera ocupación del yacimiento en los inicios del Bronce medio meseteño, siendo más que probable su perduración hasta los momentos finales, tal y como parecen apuntar algunas piezas decoradas con técnica de Boquique (*Ibidem* 1996).

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

Una vez descritos los emplazamientos, los caracteres de los yacimientos así como su cronología, creemos conveniente interesarnos, siquiera brevemente, por la forma de ocupación del territorio que se desarrolló en esta zona del valle medio del Duero, y más concretamente el área ocupado por los páramos calcáreos que se distribuyen por las provincias de Palencia y Valladolid durante el Bronce medio. Sin detenernos en exceso en describir el medio físico, si nos parece interesante dejar constancia de la importancia que adquirieron algunos elementos geomorfológicos, como es el caso de los altos páramos y el fondo de los valles, para los pobladores de la zona durante los inicios del Bronce medio. Efectivamente, tal y como han revelado los Inventarios Arqueológicos, ambos elementos están íntimamente relacionados con el tipo de hábitat y el modelo de poblamiento de la zona. Así podemos diferenciar los asentamientos en un par de categorías genéricas; la primera sería la de los enclaves tipo castro, como los comentados líneas arriba, que comparten una serie de rasgos característicos tales como situarse en plataformas de espigones de páramo por encima de los 800 metros de altitud, dotarse de notables estructuras amuralladas que cierran el acceso más fácil al lugar y poseer un tamaño desmesuradamente grande, que va de las tres hectáreas de Pico Aguilera a las diecisiete de La Plaza. En una segunda categoría entrarían toda una pléyade de yacimientos menores de una hectárea que se sitúan en los alrededores de estos castros, sobre tierras fértiles, cercanos a recursos hídricos y con escasa o nula preocupación por las posibles condiciones defensivas del emplazamiento (fig. 1). Esta distribución aparente transmite una imagen, desde el punto de vista poblacional, enteramente semejante entre sí.³

El patrón de ocupación del espacio que parece discernirse de lo anteriormente comentado es el de



Figura 5
Vista aérea del yacimiento Cuesta de la Horca. Las flechas blancas señalan el trazado de la muralla



Figura 6
Amontonamiento de piedras formando parte de la muralla de Cuesta de La Horca

grandes asentamientos defensivos ubicados en altos difícilmente accesibles que se acompañan de pequeñas ocupaciones de fondo de valle, orientadas quizá a la producción de bienes agropecuarios y dependientes del asentamiento de mayor tamaño. En este sentido, y pese a las dificultades que conlleva desentrañar la verdadera naturaleza de esta relación, resulta tentador pensar que los poblados amurallados jugaron el papel de auténticos poblados jerárquicos respecto a las ocupaciones de los valles, algo ya documentado en otros lugares de la península Ibérica (Nocete 1989; Burillo 1997). Estaríamos pues ante un núcleo fijo, aglutinador de las poblaciones asentadas en su entorno más o menos próximo. Quizás incluso organizados entre sí como auténticas entidades autárquicas e independientes dado que, al contrario que ocurre en los momentos previos (Rodríguez Marcos y Moral e.p.), estos «centros jerárquicos» ni siquiera están relacionados visualmente entre sí.

Empero cabe en este punto llamar la atención sobre un aspecto que no acaba de encajarnos del todo en el planteamiento general. Nos estamos refiriendo en concreto al tamaño, totalmente desmesurado para un poblado de esta época, que poseen los yacimientos amurallados protagonistas de este escrito. En efecto, en cualquiera de los tres casos mencionados anteriormente, estamos ante supuestos poblados permanentes que superan las tres hectáreas de terreno según la plataforma encerrada por la muralla. Sin embargo, y a pesar de que solo uno de ellos, La Plaza, cuenta con diversas intervenciones sistemáticas a modo de excavación, aún no se ha reconocido ningún tipo de material de construcción, léase pellas de barro con improntas de ramas, agujeros de poste u otras

evidencias que avalen la teoría de un lugar de habitación permanente.⁴ Por otro lado, esta ausencia coincide con las nada frecuentes evidencias de un auténtico poblado en su interior. Nos estamos refiriendo a que, a pesar de que en algunos de los casos los lugares son aptos, incluso apropiados, para el desarrollo de actividades económicas tipo ganadería, por ejemplo en el Castro de La Plaza, o agrícolas, como las actuales que se llevan a cabo en el recinto de La Cuesta de La Horca, son muy escasos los elementos prehistóricos que apuntan en esa dirección. Así, la casi total ausencia de dientes de hoz y elementos de molienda, unido a la casi nula presencia de restos de fauna, inciden en esta misma dirección.

En buena lógica, si desestimamos que las actividades mencionadas llegasen a practicarse en este enclave y, por tanto, que estos asentamientos pudieran haber dado cobijo de forma continuada a una comunidad más o menos amplia, deberíamos explicar por qué estos yacimientos, con características tan similares entre sí, están «defendidos» por obras de ingeniería tan importantes, sobre todo a nivel de esfuerzo invertido. En este sentido, una hipótesis que nos parece viable es la que considera que podemos encontrarnos ante lugares dedicados fundamentalmente en origen a servir, desde una perspectiva social, a referentes de una territorialidad respecto a las distintas unidades de asentamiento que se desarrollaron en su entorno próximo y con las que, de ser sincrónicas, debieron relacionarse. En nuestra opinión, de todas estas consideraciones, lo que se desprende es que no se trata de asentamientos coercitivos con respecto a las comunidades vecinas, ocupados permanentemente por una élite social que controla los recursos y ejerce un poder efectivo sobre la zona. Más bien debe tratarse de enclaves estratégicos que no son ocupados de forma continuada, sino únicamente en momentos especiales, con el fin de fomentar la agregación de las comunidades mediante celebraciones de algún tipo, orientadas quizás a la resolución de tensiones surgidas en el seno de estas sociedades que explotan económicamente el espacio circunscrito. Y es, precisamente, en esta idea donde radicaría la construcción de las murallas, sin duda merecedoras, como señalábamos en el caso de La Cuesta de La Horca, de un gran esfuerzo humano. Su construcción se debería a la aportación de diversos colectivos que forman parte de un grupo social, identificado por rasgos comunes como puede ser la semejante forma de decorar sus cerámi-

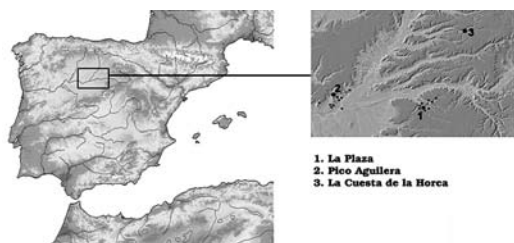


Figura 7
Mapa de situación de los yacimientos citados en el texto junto a los que se conocen a su alrededor durante el Bronce medio

cas, con pretensión de rebajar las tensiones surgidas o convertirse en símbolos de la comunidad que lo ha erigido.

NOTAS

1. Área de Prehistoria. Universidad de Burgos. La labor investigadora de S. M. es posible gracias a una beca predoctoral de la Fundación Siglo para las Artes en Castilla y León.
2. De este nivel de incendio se extrajeron dos dataciones de carbono 14; GrN-10617: 3275 ± 30 BP y GrN-14560: 3275 ± 30 BP, encuadrables ambas en el Bronce medio meseteño y que encajan a la perfección con los materiales recuperados.
3. En el caso del yacimiento palentino de La Cuesta de La Horca, si bien desconocemos el poblamiento de su entorno durante el Bronce medio debido a la inexistencia de Inventario Arqueológico en esta zona, las similitudes presentadas con los yacimientos de La Plaza y Pico Aguilera nos hacen pensar que seguiría sus mismos patrones.
4. En La Cuesta de La Horca cabe señalar que se han documentado algunos manchones negruzcos en superficie, de unos 7–10 metros de diámetro, que han sido interpretados como posibles fondos de cabaña (Rodríguez Marcos 1996) aunque, como apunta el autor de este trabajo, es posible que pertenezcan al momento final del Bronce medio y no se correspondan cronológicamente con los momentos iniciales que estamos tratando en este trabajo.

LISTA DE REFERENCIAS

- Agapito y Revilla, J. 1927. «Lo prehistórico, protohistórico y romano en la provincia de Valladolid». En *Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de la provincia de Valladolid* 6, 62. Valladolid.
- Burillo Mozota F. 1997. «El sistema ibérico turoense durante el segundo milenio a.C.» En *Saguntum* 30. Vol. II, 29–58. Valencia.
- Delibes de Castro G. y Fernández Manzano J. 1981. «El castro protohistórico de “La Plaza” en Cogeces del Monte (Valladolid). Reflexiones sobre el origen de la fase Cogotas I». En *BSAA* XLVII, 51–70. Universidad de Valladolid.
- Galván Morales, R. 1983. «Esquema evolutivo de las distintas fases culturales de Torozos, Pisuerga y Cerrato. Prehistórico». En Mañanes T. (Ed). *Arqueología vallisoletana II. Torozos, Pisuerga y Cerrato (Estudios arqueológicos de la Cuenca del Duero)*, 97–125. Valladolid: Institución Cultural Simancas. Diputación Provincial de Valladolid.
- Mañanes Pérez, T. 1983. *Arqueología vallisoletana II. Torozos, Pisuerga y Cerrato (Estudios arqueológicos de la Cuenca del Duero)*. Valladolid: Institución Cultural Simancas. Diputación Provincial de Valladolid.
- Nocete F. 1989. «El espacio de la coerción. La transición al Estado en las Campiñas del Alto Guadalquivir (España): 3000–1500 a.C.» En *BAR Internacional Series* 492. Oxford.
- Palol, P. y Wattenberg, F. 1974. *Carta arqueológica de España. Valladolid*. Valladolid: Diputación Provincial de Valladolid, Servicio de Investigaciones Arqueológicas.
- Reyes, F. y Menéndez, M^a. L. 1987. «Sistemas defensivos altomedievales en las comarcas del Duratón-Riaza (siglos VIII–X)». En *II Congreso de Arqueología Medieval Española*. Madrid 1987. Tomo III, 631–639.
- Rodríguez Marcos J. A. 1996. «La Cuesta de la Horca en Cevico Navero (Palencia). Un nuevo yacimiento amurallado de facies proto-cogotas I». En *Actas del III Congreso de Historia de Palencia*. Vol. I Palencia 1995, 93–115.
- Rodríguez Marcos J. A. 2005. *Estudio secuencial de la Edad del Bronce en la Ribera del Duero (Provincia de Valladolid)*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Valladolid.
- Rodríguez Marcos J. A. y Moral del Hoyo S. e.p. «Algunas notas acerca del poblamiento campaniforme en el sector vallisoletano de la Ribera del Duero». En *Zephyrus*.
- Sacristán de Lama, J. D. 1986. *La Edad del Hierro en el Valle medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*. Universidad de Valladolid.